

La noción de representación en psicoanálisis y en la terapia cognitiva The concept of representation in psychoanalysis and the cognitive therapy

Jesús Cisneros-Herrera ^a, Dulce Areli Mejía-Olguín ^b

Abstract:

The concept of representation is part of psychoanalytic theory and the cognitive therapy even though this term is not used in the latter one. Instead, cognitive therapy uses the term ‘thought’. The opposition in the use that these two approaches make of this concept comes from two different ways of understanding science and applying it. In psychoanalysis, representation takes different modalities inasmuch as it gets structured, from mnemonic –made up of sensations– trace to linguistic representation. The act of representing implies necessarily the libidinal investment; without it representing could not be possible. The libidinal investment supports the representation and determines the strength with which it gets fixed in the subject’s representational universe. The representation of experiences with love and identification figures receives a greater investment and, therefore, is more difficult to be changed. In contrast, the cognitive therapy takes for granted that thoughts are changeable provided that the subject agrees to do so. Psychological disturbances, such as depression, are the result of thoughts that distort reality, and if they are corrected, the disturbance disappears. The opposition between these two approaches is clear and has implications that transcend the clinical context, since they speak about subject different in essence.

Keywords:

Representation, psychoanalysis, cognitive therapy

Resumen:

La noción de representación forma parte de la teoría psicoanalítica y de la terapia cognitiva aun cuando no se emplee el término en esta última, sino ‘pensamiento’. La oposición en el tratamiento que estos dos enfoques dan a esta noción deriva de dos modos diferentes de concebir la ciencia y de aplicarla. En psicoanálisis, la representación asume distintas modalidades conforme se estructura la psique, desde la huella mnémica análoga a las sensaciones hasta la representación lingüística. El acto de representar presupone necesariamente la investidura libidinal; sin ésta dicho acto no se lleva a cabo. Esta investidura sostiene a la representación y determina la fuerza con la que queda fijada en el universo representacional del sujeto. La representación de experiencias con las figuras de amor e identificación recibe una mayor investidura y es más resistente al cambio. En la terapia cognitiva, en cambio, se asume que los pensamientos son modificables siempre y cuando el sujeto acepte modificarlos. Los trastornos psicológicos, como la depresión, derivan de pensamientos que distorsionan la realidad, y si estos se corrigen, el trastorno desaparece. La oposición entre estas dos perspectivas es clara y tiene implicaciones que van más allá del contexto clínico en tanto que plantean sujetos de distinta naturaleza.

Palabras Clave:

Representación, psicoanálisis, terapia cognitiva

La noción de representación en psicoanálisis

Desde sus inicios, la noción de representación ha estado en el centro de la teorización psicoanalítica. Tan temprano en las publicaciones freudianas, como los Estudios sobre la histeria (1895a), se encuentra este concepto como explicación de este padecimiento: “las mujeres sufren de representaciones hiperintensas”. En su

correspondencia con Wilhelm Fliess, ese mismo año de 1895 (b), Freud presenta un modelo de la psique en el que los dos conceptos fundamentales son la neurona y la energía que circula por las vías que se forman con las experiencias cuando una neurona se conecta con otra. Freud trató en esa época de crear un modelo neurológico de la psique; sin embargo, en su trabajo clínico el concepto de representación sustituyó al de neurona por situarse ya en el campo de lo psicológico. Así, para el trabajo clínico referirse a las representaciones de

^a Autor de Correspondencia, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, <https://orcid.org/0000-0003-1370-8086>, Email: jesus_cisneros@uaeh.edu.mx

^b Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, <https://orcid.org/0009-0003-1787-7845>, Email: me407824@uaeh.edu.mx

experiencias y los vínculos asociativos que se crean y se cortan entre ellas, así como la energía libidinal que circula por ellas es necesario para la investigación y el tratamiento psicoanalíticos.

Es evidente que Freud no fue el primero en ocuparse del problema de la representación mental, como lo evidencia el Ensayo sobre el entendimiento humano de John Locke de 1690. Sin embargo, Freud sí fue el primero en emplearlos en el trabajo clínico y no sólo en la reflexión filosófica. Esto implicó vincularlos con otros aspectos de la experiencia humana esenciales para comprender la psicopatología, como el deseo, la sexualidad y los afectos. Además, Freud añadió la dimensión temporal, de desarrollo, a la comprensión de las representaciones.

Como precursor de las representaciones, Freud (1895b; Bleichmar, 1993) se refirió a la huella mnémica que dejan las primeras experiencias de dolor y de placer. El hambre y la alimentación son las experiencias prototípicas de dolor y placer, respectivamente. Estas huellas mnémicas son marcas que el mundo externo deja en la psique más que representaciones, en tanto que estas últimas implican una distancia entre representación y objeto representado. En todo caso, huella mnémica y representación tienen en común el hecho de que en su origen hay una experiencia que, además de sus aspectos sensoriales, deja una sensación de dolor o placer, y que provoca emociones de amor y odio en sus formas más primitivas. La representación, entonces, no es un acto puramente cognitivo, sino también afectivo.

Aulagnier (1975) hizo énfasis en que la actividad de representar adopta distintas modalidades a medida que el psiquismo evoluciona, y a subes estas modalidades contribuyen a la complejización de la actividad y la estructura psíquica. El propio Freud, también en un manuscrito de 1895 (b) dirigido a su amigo Fliess, había planteado que existen distintos modos de representación de las experiencias, cada uno con un funcionamiento propio. Partes de las experiencias se traducen de un modo de representación a otro, pero, como ocurre en la traducción de una lengua a otra, hay elementos de la experiencia codificados en un modo de representación que no pueden pasar al otro. Por ello, estos elementos que no son traducidos siguen regidos por los modos de funcionamiento del modo de representación en el que están codificados. Así, experiencias como la separación precoz del bebé con la madre, que son vividas como abandono, en muchos casos provocan que una separación en una etapa posterior del desarrollo, incluida la adulta, sea vivida como un abandono que deja en el desamparo al sujeto, pues la experiencia adulta se convierte en la reedición de una separación precoz de la infancia.

En los desarrollos teóricos de Melanie Klein, no se encuentra el concepto de representación; sin embargo,

emplea el término objeto total y objeto parcial (Segal, 1973/2016). Klein habla de estos objetos como personajes que actúan en las fantasías inconscientes. En este caso se trata de representaciones de objetos del mundo exterior y del mundo interior cuya identidad está definida por lo que el individuo experimenta ante su presencia: placer, angustia, dolor, amor, odio. El objeto parcial bueno es aquel que en la fantasía satisface las exigencias pulsionales y, por ello, es amado, mientras que el objeto parcial malo frustra o agrede, por lo que es odiado. La ausencia en el mundo real del objeto satisfactor se representa en el mundo interno como la presencia del objeto malo.

Jacques Lacan (Assoun, 2007) tampoco usa el término de representación en sus planteamientos teóricos. En su lugar, se encuentra el término *significante*, importado de la lingüística de Saussure, quien consideró al signo lingüístico como la unión de un concepto con una imagen acústica, es decir, son dos elementos psíquicos los que conforman al signo y no dos entidades del mundo físico. Al concepto y a la imagen acústica, Saussure los renombró como *significado* y *significante*, respectivamente. Los signos lingüísticos se articulan en dos ejes, paradigmático y sintagmático; el primero se refiere a la asociación entre signos que permite la sustitución de uno por otro en una cadena de significantes, la cual constituye el segundo eje. Es decir, el eje paradigmático se manifiesta en la interpretación de los sueños en los que un elemento aparece en sustitución de otro que es objeto de la represión. Esta asociación puede ser por distintas relaciones entre los elementos: semejanza, oposición, relación parte-todo, homofonía, metáfora o metonimia. El eje sintagmático se refiere a la concatenación de significantes que sigue las reglas gramaticales para formar unidades de sentido. Lacan defiende la primacía del *significante* sobre el *significado*, porque en última instancia, éste está dado por la relación que guarda un *significante* con el resto de los elementos de una cadena *significante*.

En la concepción lacaniana, es claro que el lenguaje genera su propia verdad, la cual no se puede juzgar en relación con su correspondencia con algo exterior a él, llámese mundo, llámese realidad (Assoun, 2007). Tan importante es el *significante* para Lacan, la instauración del falo como *significante* de la falta es fundamental en la constitución psíquica del sujeto, pues lo instala en el registro simbólico y lo convierte en un sujeto deseante. Además, en el pensamiento lacaniano, el inconsciente está estructurado como un lenguaje, entendido como un sistema de signos que se articulan en los dos ejes antes mencionados, de los que se vale la técnica de la libre asociación en el tratamiento psicoanalítico.

Para concluir con este breve recorrido por las formas que ha tomado la noción de representación en psicoanálisis,

es necesario mencionar la propuesta metapsicológica de Piera Aulagnier, la cual es quizá una síntesis de Freud, Klein y Lacan, en tanto que reaparecen en ella, aun sin referencia explícita a estos autores, planteamientos de ellos. En primer lugar, Aulagnier (1975/2007) define la actividad de representación como “el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica” (p. 23). Pensado en el nivel celular, la metabolización es “la función mediante la cual se rechaza un elemento heterogéneo respecto de la estructura celular, o inversamente se lo transforma en una material que se convierte en homogéneo a ella” (p. 23). La diferencia entre metabolización y actividad psíquica de representación es que en esta última “el elemento absorbido y metabolizado no es un cuerpo físico, sino un elemento de información”.

Aulagnier (1975/2007) postula tres formas de representación, antes mencionadas. El pictograma es la primera forma de representación, como la huella mnémica de Freud, perteneciente al proceso originario y con características por completo originales de Aulagnier, las cuales, sin embargo, no se abordan en este trabajo. La fantasía es la forma de representación del proceso primario y guarda similitudes con la fantasía inconsciente de Klein, mientras que el enunciado, modo de representación del proceso secundario, corresponde a la teorización de Lacan sobre las cadenas significantes. Cada una de estas modalidades de representación tiene sus propias leyes de funcionamiento, pero sólo nos detendremos en la tercera por su relevancia en el advenimiento del yo y a que es de la que se vale principalmente el tratamiento psicoanalítico.

Para Aulagnier (1975/2007), el hecho de que el bebé esté inmerso en el lenguaje desde su nacimiento, y lo más importante es que gran parte de los enunciados a los que está expuesto se refieren a él, es decir, son una anticipación de lo que él será. A esta función del adulto cuidador, Aulagnier la llama portavoz; la anticipación de lo que el niño será es al mismo tiempo un agente que participa del moldeamiento del yo que será, pero que aún no es. El portavoz habla del niño atribuyéndole características que aún no posee, pero que con las que, por efecto de los enunciados del portavoz, se identificará el yo. Es decir, las primeras representaciones que el yo se hace de sí mismo son las que pronunció el portavoz, cuya verdad no se pone en duda.

El yo, dice Aulagnier (1975/2007), tiene la función de construirse, por un lado, historizándose y, por otro, proyectándose en el futuro. Es decir, el yo es también la representación que el yo se hace de sí mismo, y el elemento que le da sostén a este conjunto de representaciones es la libido. De hecho, toda actividad de representación requiere de cierto monto de afecto, pero en el caso del yo, este montante de afecto es

indispensable para darle unidad y estabilidad. A este depósito de libido en el yo Freud (1914) ya lo había denominado como narcisismo. Así, cada rasgo que el yo reconoce en sí mismo recibe una valoración en el sentido de la aceptación y el rechazo, el orgullo y la vergüenza. Los criterios para esta valoración provienen de los otros, en un principio los padres y más adelante los grupos de pertenencia. Principalmente durante la infancia se introyectan estos criterios, por lo que después la presencia real de los otros no es necesaria para la autovaloración del yo.

En conclusión, la representación en psicoanálisis es indisoluble de una investidura libidinal que la fija dentro del sistema representacional que constituye a la psique. Los nexos entre las representaciones posibilitan el desplazamiento de las cargas libidinales de una a otra, al mismo tiempo que en las cadenas significantes se puede dar una sustitución paradigmática de alguno de sus elementos y crear un nuevo sentido. Las cadenas significantes tienen una historia intersubjetiva y un lugar en el saber del yo sobre sí mismo. El tratamiento psicoanalítico se ocupa de estas cadenas significantes, sus nexos y rasgaduras, así como de su investidura libidinal. No busca constatar una correspondencia imposible de verificar e inútil en términos terapéuticos con la realidad, sino al descubrimiento de nexos perdidos entre las propias representaciones que en algún momento estuvieron en conflicto. Con ello se crean nuevos efectos de sentido que posibilitan acciones diferentes en el sujeto en la consecución de su deseo.

La noción de representación en la terapia cognitivo-conductual

En su práctica psicoanalítica, Beck consideró que ciertos pensamientos conscientes, que bien podrían verse como una manifestación de la depresión, eran en realidad su causa. De ser acertada esta premisa, sería innecesaria la exploración psicoanalítica por medio de la libre asociación y, sobre todo, ahorraría tiempo para eliminar o al menos reducir el padecimiento.

Otra premisa es que los trastornos psicológicos se deben a fallas en los procesos cognitivos cuyos productos tienen diversas denominaciones: pensamientos distorsionados, creencias irracionales, pensamientos desadaptativos. En este sentido, la función del terapeuta es ayudar al paciente a “corregir” los procesos cognitivos y sus productos.

Aun cuando no sea explícita en sus escritos, otra premisa más sobre la que se funda la terapia cognitivo-conductual es que la realidad es asequible a la cognición humana, es decir, ésta puede formarse una representación de la realidad tal y como es. Sólo así, puede hablarse de una distorsión cognitiva, es decir, de una desviación respecto

de una verdad que está a la vista de todos y que el paciente desfigura en su aprehensión de la realidad. Es decir, a una realidad vivida por un persona corresponde una representación única, y cualquier representación diferente que se forme en el individuo implica una distorsión cognitiva o una creencia irracional (la diferencia entre las cuales, por lo demás, no está clara).

Una premisa más, tampoco enunciada explícitamente, es que las emociones desagradables, tristeza, enojo, miedo o ansiedad, y los trastornos psiquiátricos a los que se asocian, son producto necesariamente de una distorsión cognitiva o de una creencia irracional. Es decir, se excluye la posibilidad de que un episodio depresivo, por ejemplo, se deba a un estado de la realidad. De este modo, se postula que la causa del trastorno se ubica en el individuo y, soterradamente, se le culpa de ello puesto que el pensamiento consciente determina los estados emocionales. Siendo consciente, los pensamientos, están bajo el control del sujeto; por lo tanto, él es el causante de su padecimiento.

Discusión

Habiéndose formado en la tradición psicoanalítica, no es de sorprender que Aaron Beck haya mantenido la noción de representación, aunque empleando otros términos, en su modelo psicoterapéutico. Ambos métodos parten de la premisa de que en los síntomas de un padecimiento psicológico subyacen representaciones a las cuales el terapeuta tiene acceso a través del discurso del paciente. Es de notar la similitud entre Freud y Beck al trazar la genealogía de sus métodos terapéuticos.

Por un lado, Freud (1904) comenzó con la sugestión hipnótica, que consistía en introducir una representación en la psique del paciente durante el estado hipnótico, lo cual se denominó sugestión, cuyo contenido era la orden explícita de que el síntoma desapareciera. El siguiente paso fue buscar que el paciente evocara la representación de sucesos traumáticos con la finalidad de revivir los afectos cuyo desplazamiento hacia otras representaciones o conductas era responsable de los síntomas. Es decir, redirigir los afectos a la representación de las experiencias que realmente los habían causado hacía desaparecer los síntomas, al menos temporalmente. La disociación entre representación y afecto era la causante de los síntomas, y no sólo la experiencia traumática o los afectos en sí. El último de los descubrimientos que derivó en el método psicoanalítico fue el de las resistencias, los mecanismos de defensa involucrados en la disociación originaria entre afectos y en la creación de los síntomas. El desconocimiento del sujeto acerca de su propio conflicto y del origen de sus síntomas se debe a que los mecanismos de defensa, que en el espacio terapéutico

se manifiestan como resistencias, son inconscientes. Los métodos hipnóticos, tanto el de la sugestión como el catártico, hacían más fácil el acceso a las representaciones clave para tratar un padecimiento, pero a costa de cancelar temporalmente los mecanismos de defensa. Por ello, cuando los pacientes volvían a su estado normal de conciencia, las defensas se restablecían y, con ellas, los síntomas. Entonces, Freud decidió prescindir por completo de la hipnosis en el tratamiento y trabajar justo con las resistencias. Más que el descubrimiento de lo inconsciente, es la reestructuración de las defensas lo que permitiría al paciente llevar una vida afectiva y productiva más satisfactoria. Esta reestructuración está indisolublemente ligada a la resignificación de las experiencias. Por supuesto, esta concepción del trastorno psicológico y del método terapéutico implica un trabajo de largo plazo para poder profundizar en el entramado representacional y defensivo que sostiene a los síntomas.

Por otro lado, el trabajo de Beck (1979) comenzó con la técnica psicoanalítica de libre asociación. A través de repetidas experiencias, encontró que sus pacientes omitían cierta clase de afirmaciones en su ejercicio de libre asociación que a Beck le parecían clave en la solución del problema. Él explica estas omisiones como un problema de la libre asociación en sí en tanto que no se instruye a los pacientes a concentrarse en sus pensamientos conscientes. Sin embargo, esta técnica consiste en que la persona diga lo que se le ocurra sin preguntarse si es importante o no, si es correcto o no, o si tiene relación con su problema o no. Los pacientes de Beck solían callar ideas en que el propio Beck estaba implica: sus pacientes temían que él los criticara, los juzgara o los censurara. Al hablar de transferencia, Freud explícitamente referencia a que la libre asociación se interrumpe con gran frecuencia en el momento en que el paciente piensa algo en relación con el terapeuta. En ese momento, la transferencia se convierte en la principal manifestación de las resistencias y, por lo tanto, la labor psicoanalítica se enfoca en ellas.

En su lugar de considerarlos como la actualización de relaciones del pasado, Beck considera estos pensamientos desde el punto de vista de su correspondencia con realidad. En la mirada de Beck, el problema psicológico se reduce a una falla en el razonamiento lógico y en la interpretación de los sucesos. El aspecto afectivo-emocional para Beck es una consecuencia del contenido del pensamiento; si éste cambia, también lo hará aquél. Considerado de este modo, adentrarse en la historia de los vínculos primarios del paciente resulta innecesario. Esta idea está en franca oposición con la idea freudiana de que es el afecto el que fija la representación dentro de una red de relaciones, en las que ciertas representaciones tienen un lugar

privilegiado, principalmente las del yo y las de sus objetos de amor, del presente o del pasado.

En la perspectiva psicoanalítica no puede haber un cambio genuino en estas representaciones privilegiadas por la simple voluntad del sujeto de renunciar a una idea o un pensamiento y sustituirlo por otro. La terapia cognitiva no hace más que desvincular la idea calificada de irracional o de distorsión cognitiva de la historia libidinal, lo cual implica a su vez desvincular al sujeto de su historia. Planteado en estos términos, se pueden avizorar las implicaciones políticas de la oposición entre estos dos enfoques. La presencia de las terapias cognitivas en las universidades y en las instituciones públicas y privadas se debe a su afinidad con la corriente neoliberal en los sistemas políticos y económicos del mundo, interesados en ubicar el origen del malestar y bienestar de los sujetos en ellos mismos, y no en las condiciones laborales en particular y sociales en general.

Referencias

- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975)
- Beck, A. T. (1979). *Cognitive Therapy And The Emotional Disorders* [La terapia cognitiva y los trastornos emocionales]. International Universities Press.
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Amorrortu.
- Freud, S. (2013). Estudios sobre la histeria. En *Obras completas, vol. 2* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895a)
- Freud, S. (2013). Proyecto de psicología. En *Obras completas, vol. 1* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895b)
- Freud, S. (2013). El método psicoanalítico. En *Obras completas, vol. 7* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1904)
- Freud, S. (2013). Introducción al narcisismo. En *Obras completas, vol. 14* (Trad. J. L. Etcheverry). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914)
- Lacan, J. (2009). Función y campo de la palabra. En *Escritos I* (Trad. T. Segovia). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1953).
- Segal, H. (2016). *Introducción a la obra de Melanie Klein* (Trad. H. Friedenthal). Paidós. (Trabajo original publicado en 1973)